

Relato de un extranjero sobre las carretas y galeras usadas como transporte en Buenos Aires, a mediados del siglo XIX

1851

Xavier Marmier

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

La República Argentina tiene sus carruajes indígenas que no se pueden reemplazar por ningún otro. El primero y más elegante es la galera (iverdadera galera!): una monstruosa caja de madera colocada sobre una no menos monstruosa armazón.

Atan a ella ocho o diez caballos y con el carruaje marcha toda una tropa de viajeros cuando han de trasladarse a la estancia lejana.

Otro vehículo es el carro de transporte o carreta, mastodonte de la carretería, que parece exhumada de las capas seculares de la antigua barbarie gala.

Emplean todo un árbol en su construcción, una viga entera para lanza, otra viga para el eje, y no sé cuántas ramas gruesas para llantas y rayos de las ruedas, que tienen diez pies de diámetro.

Sobre el eje va colocada una especie de arca gigante como para recoger todas las especies animales en caso de naufragio; el arca va cubierta con cueros de vaca y cerrada por tres lados, menos por delante, como una gran cuba.

Adentro, el carretero amontona toda la carga que se le ha confiado. A este pesado convoy se atan -a gran distancia una de otra- tres yuntas de bueyes. El carretero se sienta en medio de la última yunta, sobre el yugo, con las piernas cruzadas y armado de una caña con la que puede agujonear a todos los animales. Cuando el asiento le fatiga, sube a la carreta, de cuya bóveda pende, como un mástil de bauprés, otra caña que, mediante un fácil mecanismo, el conductor puede mover a voluntad, alcanzando a la yunta delantera.

Quienes han visto los convoyes primitivos en las estepas rusas o en el Cabo de Buena Esperanza, pueden representarse, bajo un aspecto verdadero, estas caravanas argentinas de diez, quince y veinte carretas, caminando lentamente, una tras otra, por caminos polvorientos de huellas profundas a través de la llanura desierta que no pueden recorrer sin un guía experimentado.

Un hombre a caballo recorre la línea de carretas, ordena los movimientos de la tropa, organiza los campamentos. Lo que se dice del camello en el desierto, puede decirse de estas tropas: son los navíos de la pampa.